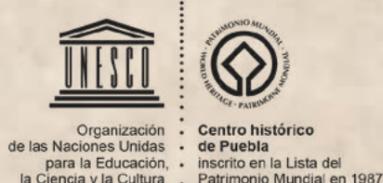


Aventuras *ilustradas* en El Centro Histórico y Patrimonio

Vol. 1



**Aventura en el Centro Histórico y Patrimonio.
Vol. 1**

Presidenta Municipal de Puebla

Claudia Rivera Vivanco

Gerente del Centro Histórico y Patrimonio Cultural

María Graciela León Matamoros

Presidente de la Comisión de Centro Histórico y Patrimonio Cultural

Jorge Othón Chávez Palma

Coordinación Editorial

María Graciela León Matamoros

Vanya Ponce Valerio

Autor

Jonatan Moncayo Ramirez

Ilustraciones y Diseño Editorial

Alejandro García Viveros

Juan Carlos Figueroa Cortéz

Jesús Olvera Valerio

AVENTURA EN EL CENTRO HISTÓRICO. VOL. 1, es una publicación editada y distribuida, de manera gratuita, por la Gerencia del Centro Histórico y Patrimonio Cultural, Órgano Desconcentrado de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Sustentabilidad del H. Ayuntamiento de Puebla. Domicilio: Calle 3 Sur No. 1508, 3er Piso. Colonia El Carmen, CP. 72530, Puebla, Pue. Correo electrónico: gchypc@gmail.com. Editora responsable: María Graciela León Matamoros, gchypc@gmail.com. Este número se terminó de imprimir en julio de 2020, con un tiraje de 1,500 ejemplares.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Gerencia del Centro Histórico y Patrimonio Cultural, Órgano Desconcentrado de la Secretaria de Desarrollo Urbano y Sustentabilidad del H. Ayuntamiento de Puebla.

Presentación

Posiblemente no lo sabes, pero tienes la enorme fortuna de vivir en una ciudad muy antigua, una ciudad que dentro de poco tiempo celebrará ¡su cumpleaños 500! ¿Te imaginas todo lo que esas calles y esas plazas, por las que tantas veces has paseado, han visto suceder? Las y los abuelitos, que han vivido muchos años, son personas muy sabias que conocen muchas historias y leyendas, y así sucede también con nuestra ciudad: en esas hermosas casonas antiguas, en sus fachadas labradas en piedra, en las pinturas y las esculturas que resguardan las iglesias, se esconden historias maravillosas y emocionantes que nos hablan de las personas que habitaron la ciudad hace muchos años, sólo debemos aprender a observar y a escuchar sus secretos.

Así lo descubrieron Carmen e Ignacio cuando un libro misterioso, uno que habla, les mostró que la ciudad encierra acertijos, laberintos y claves secretas. ¿Qué? ¿Qué los libros no hablan? ¡Por supuesto que sí! ¿No me crees? Bueno, Carmen e Ignacio tampoco lo creían, y de repente se encontraron en medio de una aventura tremenda. Acompáñalos y descubre con ellos los secretos de tu ciudad, de nuestra ciudad, de todas y todos.

María Graciela León Matamoros
Gerente del Centro Histórico y Patrimonio Cultural de Puebla

Un gallo A Francesado

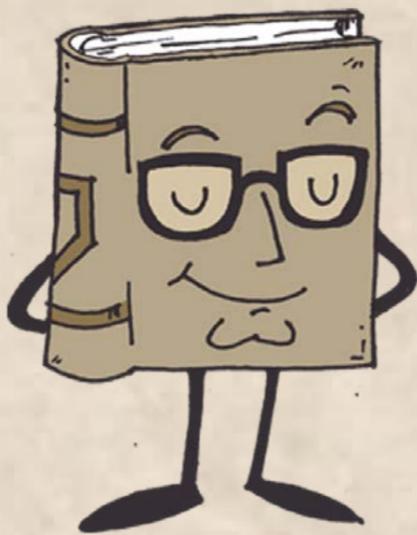
Carmen e Ignacio son muy buenos amigos. Ambos tienen ocho años y viven en el Centro Histórico de la ciudad de Puebla. Ella vive muy cerquita del mercado de artesanías “El Parián” y él a una calle del Mercado “La Victoria”. Van a la misma escuela y pasan muchas tardes jugando juntos. A él le encanta dibujar y ella disfruta resolver adivinanzas y acertijos. Un día, en la hora del recreo, Ignacio le contó a Carmen que su abuela no se encontraba bien. Tenía lastimada una rodilla debido a la caída que sufrió días atrás. A sus 68 años, doña Isabel es una mujer sumamente activa, no obstante, a causa del incidente no puede salir de casa. Ignacio no la ha visto en más de veinte días, razón por la cual Carmen le prometió que lo acompañaría a visitarla por la tarde. La casa de doña Isabel se encuentra en uno de los barrios antiguos de la ciudad, así que acordaron reunirse en la pequeña fuente que está en el parque del barrio. Ella anotó en un papelito el nombre del lugar y lo guardó de forma descuidada en un bolsillo.

Una vez en casa, y luego de comer, Carmen tomó su mochila decidida a reunirse con su amigo. Sin embargo, por más que buscaba y buscaba, tristemente se percató que el papelito había desaparecido. Fue así como todo comenzó. Desesperada, pues no recordaba el lugar donde Ignacio la esperaría, pensó que quizá el papelito se hallaba en su mochila, justo debajo de sus libretas, allí donde era frecuente que tantas cosas se extraviaran. Sin dudarlo, puso su mochila de cabeza y la sacudió fuertemente en su cama. Además de los cuadernos, lápices de colores, gomas, sacapuntas y una torta a medio comer, entre los objetos desparramados se encontraba un libro polvoso. Luego de un rápido vistazo, se percató que el libro pertenecía a la sala de lectura de la Casa del Puente de Bubas. Lo supo de inmediato por el enorme sello en tinta que tenía en uno de sus cantos. En el lomo, con letras delgaditas, se podía leer:

AVENTURA EN EL
CENTRO
HISTÓRICO



Carmen no dejaba de preguntarse cómo había llegado aquel libro hasta su mochila. Al intentar abrirlo en una de sus páginas, el libro se sacudió y se cerró de golpe.



—¡Puaj! No te lavaste las manos después de comer. ¡Están sucias!, así no puedes hojear mis páginas —dijo el libro sin ocultar su irritación.

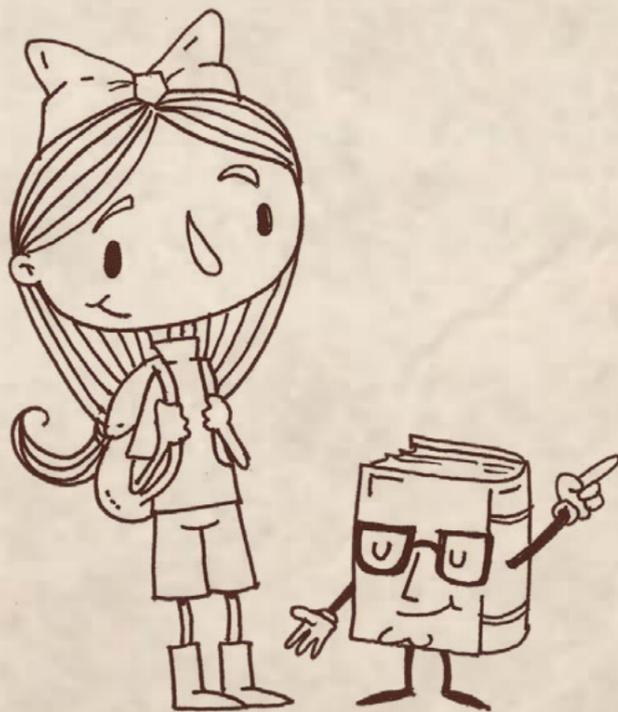
Carmen dio un salto hacia atrás sorprendida, pero no asustada. Con mucha cautela estiró su brazo derecho, decidida a tocarlo nuevamente con la yema de sus dedos.

—¡No, no, así no! —dijo el libro con voz severa—. ¡Apresúrate, lava bien tus manos o no te ayudaré a encontrar el lugar donde vive la abuela de tu amigo! Se nos está haciendo tarde. No puedo creer que seas tan descuidada.

Lentamente, caminando de espaldas y sin quitarle la vista al libro que acababa de hablarle, Carmen salió de su habitación. Dudó un poco, pero al final optó por lavarse las manos. Se miró al espejo, respiró profundamente, y, una vez que se convenció que aquello no se trataba de un sueño, volvió al cuarto donde se encontraba saltando en su cama aquel libro quejumbroso.

—¡Vamos, no tenemos tiempo que perder! Necesitarás una libreta, un borrador y un lápiz —le indicó el libro mientras sacudía sus cantos para eliminar el polvo que llevaba encima.

Carmen guardó las cosas necesarias en su mochila y, con el libro bajo el brazo, salió a la calle.



—Dime, ¿dónde vive la abuelita de Ignacio? —preguntó Carmen zarandeando al libro de arriba abajo, pasando sus páginas una tras otra. —¡Tranquila, tranquila! —dijo el libro, estirándose lo más que podía, disfrutando aquel sol radiante que no había visto en mucho tiempo—. Primero debemos dirigirnos al “Reloj del Gallito” que se encuentra en el Paseo Bravo. Supongo lo conoces. Sigue mis indicaciones y llegaremos fácilmente.

Luego de un par de minutos la niña y el libro se encontraban frente a un monumento con un reloj, obsequio de la colonia francesa a la ciudad de Puebla con motivo del centenario de la consumación de la Independencia de México, que tiene como rasgo distintivo un gallo en la parte superior. Carmen había pasado varias veces frente a él, aunque nunca le había prestado mucha atención. Sin embargo, sí recordaba que constantemente sus papás decían “nos vemos en el gallito” siempre que intentaban acordar un punto de reunión con familiares y amigos.



—¿Por qué hemos venido hasta aquí? —preguntó Carmen—. Si Ignacio me hubiese dicho que nos veríamos en el “Reloj del Gallito” lo recordaría. Él me dijo que doña Isabel vive en uno de los barrios antiguos de Puebla, pero por más que lo intento no logro recordar en cuál.

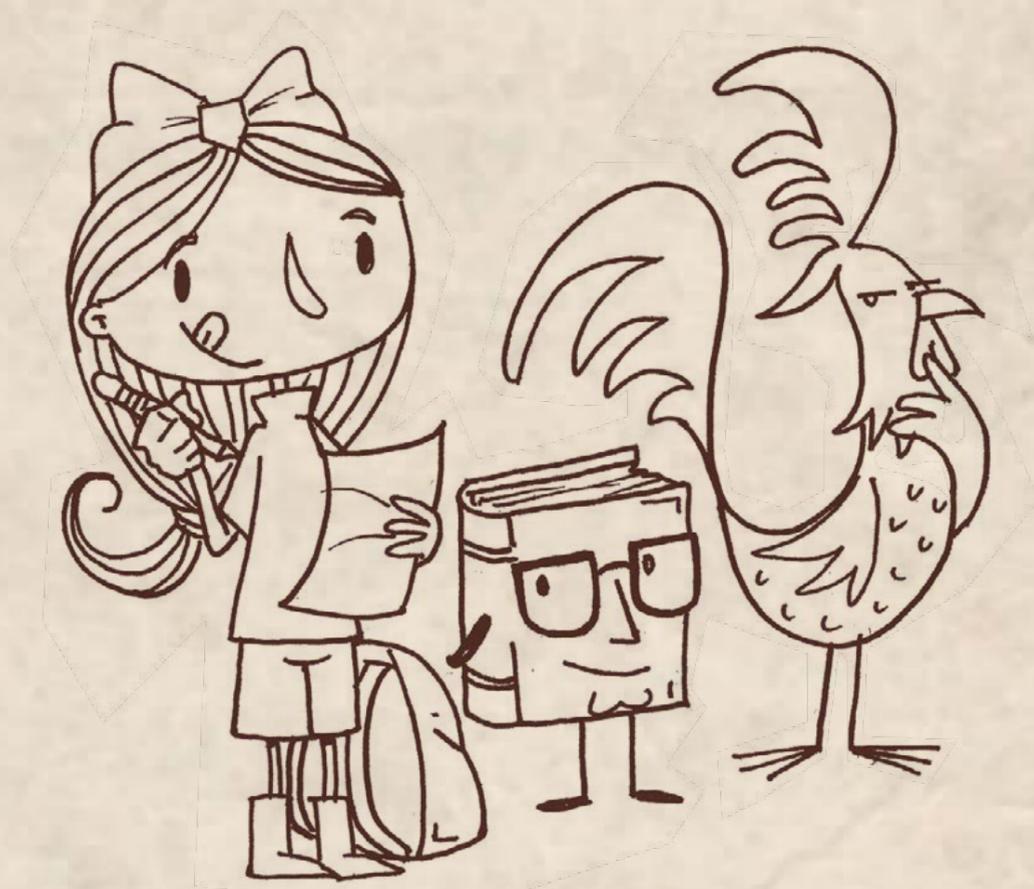
El libro, ignorando por completo el reclamo de la niña, plácidamente se sentó al pie del monumento y dio dos fuertes aplausos.



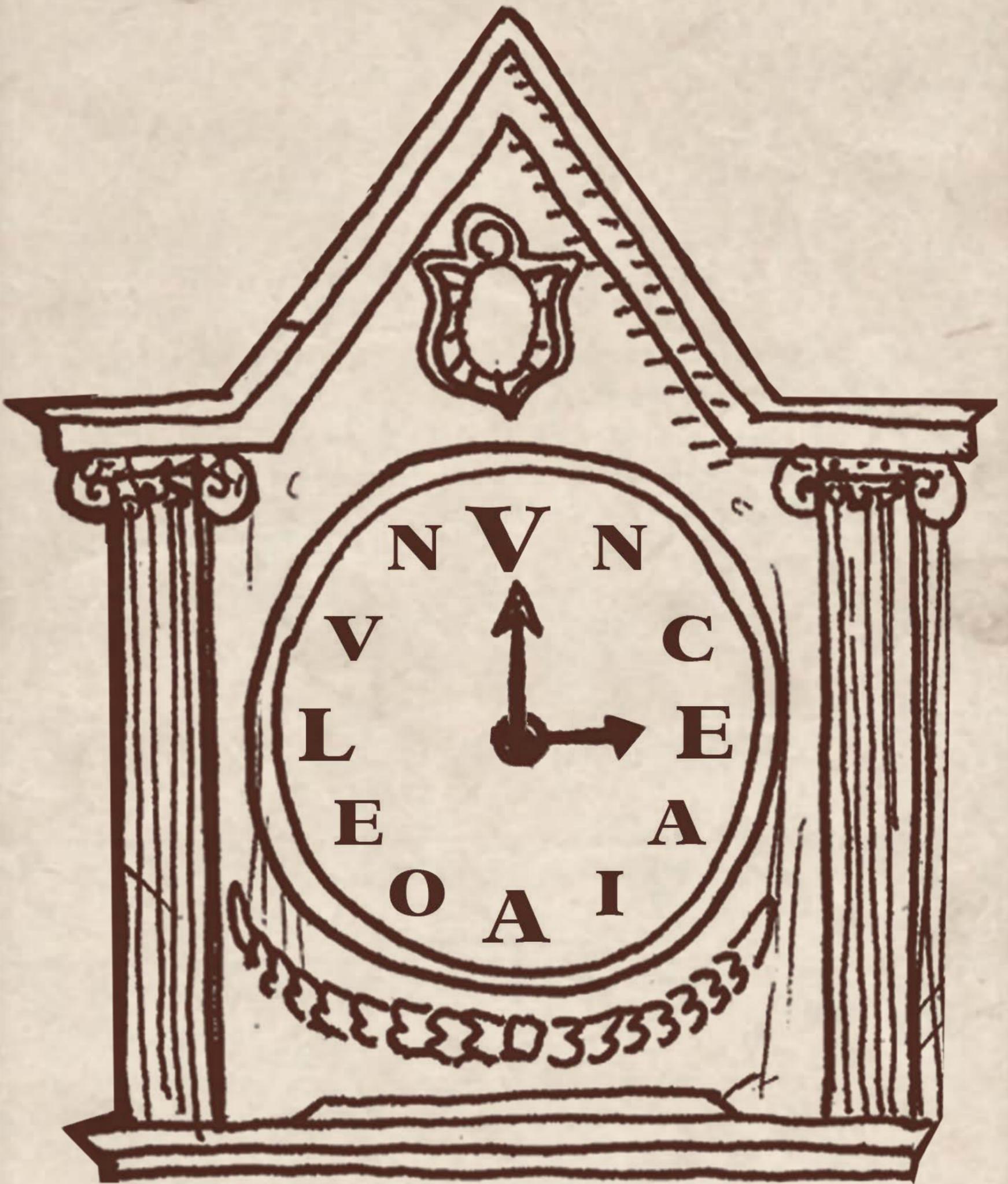
—¡La «guespuesta» está justo «fguente» a tus ojos!
—dijo desde lo alto del reloj un gallo afrancesado, quien, luego de un par de aleteos, llegó hasta el lugar donde se encontraba Carmen—. Se muy bien que te gustan los «acegtijos», ¿no es así? Mmm, vale, vale, te «dagué» una pequeña pista, «pego» tú sola «tendgás» que «encontgag» la «guespuesta» — comentó el gallo con una amplia sonrisa—. «Obsegva» bien el «gueloj». ¿Notas algo «extgño»?

Carmen miró de arriba abajo los detalles del reloj y, en un abrir y cerrar de ojos, se percató que los números que indicaban las horas habían sido sustituidos por letras.

—Es muy sencillo —dijo el libro—. Para resolverlo, saca tu cuaderno y lápiz. La manecilla larga señala en este momento la primera letra de un mensaje oculto con el cual sabrás en dónde vive la abuelita de tu amigo. Las sucesivas letras se irán señalando cada veinticinco minutos. Tómame todo el tiempo que necesites.



Ayuda a Carmen a descubrir el mensaje oculto en el “Reloj del Gallito”



V											
---	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

El Laberinto

Una vez que Carmen descifró el mensaje oculto, el gallo afrancesado volvió a la cima del reloj, transformándose de nueva cuenta en una pequeña estatua. El libro, quien no paraba de saludar a toda persona que tropezaba con él en su camino, subió a lo alto del “Reloj del Gallito”, buscando una mejor vista para disfrutar de la panorámica de la ciudad.

—No, aquí no se alcanza a apreciar lo que te quiero mostrar —dijo el libro decepcionado, dirigiéndose a Carmen—. ¿Sabías que, con la fundación de las ciudades de Panamá y Veracruz, en el lejano año de 1519, la idea de una cuadrícula regular fue una constante entre los soldados que seguían a Pedrarias Dávila y Hernán Cortés?

Carmen, completamente confundida, no entendía lo que el libro insinuaba. Ella únicamente estaba interesada en encontrar el camino que la condujera al parque del barrio donde vive doña Isabel. En poco tiempo Ignacio estaría allí y no quería hacerlo esperar. No obstante, el libro seguía hablando en voz alta.

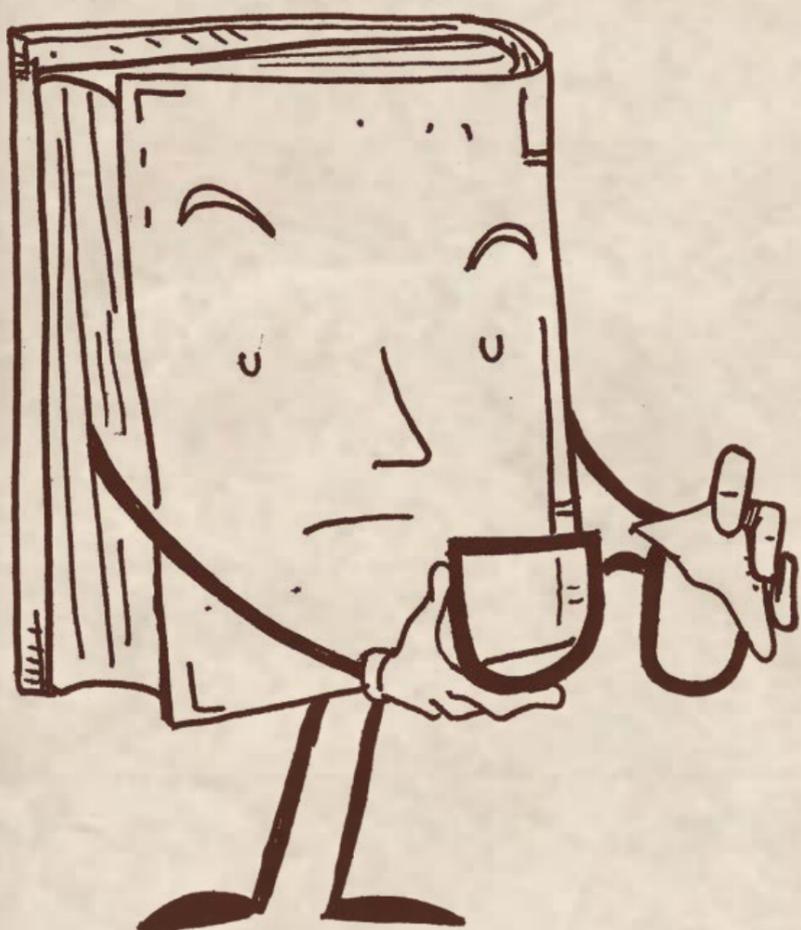
—Es fabuloso si te detienes a pensarlo por un momento —expresó el libro completamente entusiasmado—. Aquellas ciudades imaginadas y solo plasmadas en papel por los pensadores de la antigüedad, por los urbanistas de la Edad Media y los arquitectos del Renacimiento Italiano se convirtieron en verdaderas ciudades de piedra en territorio americano. ¡Qué maravilla! Esa pasión de los hispanos por construir ciudades significó la creación de enormes redes urbanas. Las ciudades españolas de América obedecían a un ideal de geometría. Únicamente las que se fundaron en territorios accidentados, como Guanajuato, se construyeron de manera distinta. Lo común era el plano en cuadros, es decir, calles largas que se cruzan en ángulo recto y una plaza de armas donde se encuentran la iglesia y el ayuntamiento; además, no se construyeron rodeadas por murallas, sino completamente abiertas al exterior.



Te confieso que una de mis ciudades favoritas es Lima en Perú, pero, sin lugar a duda, prefiero caminar por las calles de Puebla, pues aquí me imprimieron y es donde se encuentran mis raíces, mi identidad.

Las reflexiones del libro se vieron abruptamente interrumpidas por el tremendo bostezo de Carmen, quien, desesperada, le mostraba insistentemente la hoja de su cuaderno con el mensaje “vive en Analco”.

—¡¿Cómo llego al Barrio de Analco?! ¡Eso es lo importante!, no tus ideas sobre las ciudades con cuadros, calles largas, plazas y todas esas cosas.



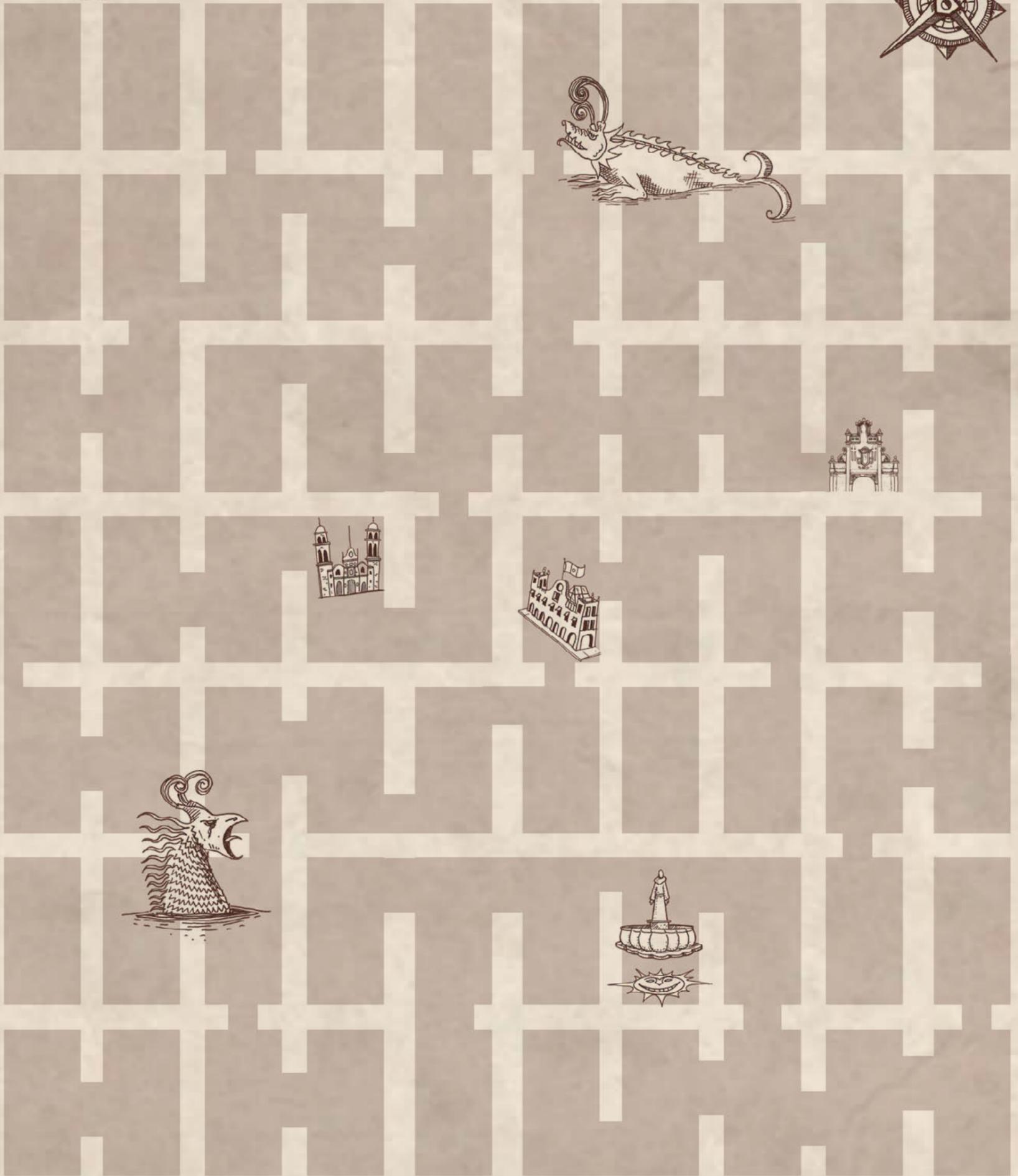
El libro, quien se sintió insultado, pero no quería demostrarlo, se quitó sus anteojos y comenzó a limpiarlos. De un salto llegó a la base del “Reloj del Gallito” y sacó de su interior dos mapas plegados. Él se quedó con uno y le entregó otro a Carmen.

—Como no te interesan mis explicaciones, este mapa es especial para ti. El mío indica el camino para llegar al lugar de reunión con Ignacio, tomando en cuenta la traza regular de la ciudad. En cuanto al tuyo, no te preocupes, te muestra cómo llegar al Barrio de Analco, pero con una pequeña sorpresa. Te veo allí. Hasta pronto.

En ese instante el libro chasqueó los dedos y desapareció. Cuando Carmen desplegó el mapa se llevó una mano a la cabeza, pues no comprendía nada. Cuando alzó la vista, todo quedó claro. La ciudad entera se había convertido en un enorme laberinto.



Ayuda a Carmen a encontrar el camino que la lleve del "Reloj del Gallito" al Barrio de Analco



La Victoria

Ignacio estaba sentado al borde de la fuente. Por más que alargaba el cuello y giraba de un lado a otro la cabeza, no veía a Carmen por ningún lado. Ya habían pasado más de treinta minutos de la hora acordada. Se puso de pie para estirar las piernas y comenzó a deambular por el parque. Después de un rato, vio a lo lejos a su amiga, quien lo saludaba con una enorme sonrisa y corría dando pequeños saltos.



—Perdón, sé muy bien que llego tarde, pero no vas a creer lo que me sucedió —dijo Carmen intentando desdoblar el mapa que llevaba en la mano para que Ignacio le echara un vistazo. Para su sorpresa, el mapa mostraba unas calles derechitas y bien alineadas, con unas flechas que indicaban de forma clara y precisa cuál era el camino que debía seguirse del “Reloj del Gallito” al Barrio de Analco.

—¿Qué tiene de especial este mapa? —preguntó Ignacio.

La mochila de Carmen comenzó a sacudirse y se volvió pesada. Ella se la quitó de la espalda y la puso en el suelo.

—¡Es el mapa que la hubiese traído a tiempo y sin inconvenientes, pero ella tuvo la culpa por ser tan descortés! —comentó el libro forcejeando con el cierre de la mochila intentando salir de ella.

Ignacio se quedó sin habla. Boquiabierto, miró atónito a Carmen quien ayudaba a salir a aquel libro que no paraba de refunfuñar.

—Bueno, dejemos de perder el tiempo y vayamos a la casa de tu abuela —indicó el libro quien rápidamente tomó camino y comenzó a saltar por las calles empedradas. Durante el recorrido, Ignacio no dejaba de sorprenderse con el



relato de su amiga referente a cómo había descubierto que el libro podía hablar y sobre el acertijo que tuvo que resolver.

Antes de llegar a casa de doña Isabel, el libro le pidió a Carmen regresar a la mochila. Los niños tocaron la puerta y los recibió la tía de Ignacio, quien en ese momento cuidaba a su mamá. Con un enorme abrazo Ignacio le demostró a su abuela lo preocupado que estaba por ella.

Luego de una divertida charla y disfrutar de un par de Tortitas de Santa Clara, Ignacio y Carmen se despidieron de doña Isabel. En el camino de vuelta a casa, Carmen notó que Ignacio estaba pensativo.

—Me gustaría regalarle algo especial a mi abuela para que le ayude a mejorar el ánimo. Pero, por más que pienso, no se me ocurre nada.

—¡Yo sé cuál sería el regalo perfecto! —dijo el libro, moviéndose insistentemente desde el interior de la mochila.

—¿Cuál? —preguntó Ignacio.



Cuando Carmen abrió su mochila, se percató que el libro había desaparecido. En su lugar había una nota donde podía leerse: “Los veo mañana sábado a las 11 de la mañana en la entrada del Mercado “La Victoria”, debajo del reloj. Lleven consigo cuaderno, lápiz y goma”.

Al día siguiente, Ignacio y Carmen llegaron puntuales al lugar acordado, pero por más que miraban a su alrededor no veían al libro por ningún lado. Decenas de personas iban y venían sin cesar, entrando y saliendo a distintos comercios. Ignacio se sabía de memoria los nombres de cada uno de ellos, por ejemplo “El Capricho”, “El Triunfo”, “El Faro”, “El Gran Venado”, “El Overol”, etc. La constante evocación de estos nombres se debe a que su tío abuelo tiene un local allí, destinado a la venta de uniformes escolares. Como Ignacio vive a media calle del Mercado “La Victoria”, casi siempre es el encargado de llevarle la comida a su tío. En algunas ocasiones le hace compañía y come con él, mientras presta oídos a sus inagotables anécdotas y relatos.

La que más disfruta escuchar es la historia de su tatarabuelo, quien, originario de una pequeña ranchería al norte de Veracruz, llegó a Puebla a lomo de mula cuando aún era un chamaco.

Al tatarabuelo le tocó presenciar la apertura de aquel mercado cuando abrió por primera vez sus puertas un 5 de mayo de 1913. Desde entonces, la familia de Ignacio

ha estado vinculada a ese lugar, a pesar de los cambios y modificaciones que ha tenido a lo largo del tiempo.

La espera de los niños fue inútil. El libro no apareció por ningún lado. Cuando Ignacio quiso cotejar la hora de su reloj con el reloj del mercado, se percató de algo sumamente extraño. Los nombres de los comercios que él se sabía de memoria habían desaparecido; en su lugar había letras muy extrañas que no podía comprender:

“Φ▼ ΩΦЭЖ▼□”

En todos los locales sucedía lo mismo, ninguno conservaba su nombre original. Sin dudarlo, jaló a Carmen del brazo y comenzó a correr a toda prisa dirigiéndose al negocio de su tío.

—¿Quién borró los nombres de los comercios y por qué pusieron esos signos tan raros?! —preguntó Ignacio resoplando tan pronto entró al local.

—¡Hola Ignacio!, espera, ahorita te atiendo, deja despacho a la señora.

El tío de Ignacio estaba mostrándole unos uniformes a una mujer larguirucha que llevaba de la mano a su hija de poco más de siete años. La niña miró a Ignacio de arriba abajo y le sacó la lengua. Él se puso rojo y optó por darle la espalda. Mientras tanto, Carmen intentaba leer el nombre de una revista que estaba sobre el mostrador, la cual le llamó la atención porque en su portada aparecía la estatua de dos niños salpicados por agua.

— «Cue-tlax-coa-pan... enfoque al patrimonio» —qué nombre tan raro, pensó. Al momento en que la tomó para mirarla mejor, debajo de ella había un papelito que se cayó al suelo. Lo levantó y leyó en voz baja: «Guía para resolver el crip-to-gra-ma del Mercado “La Victoria”»

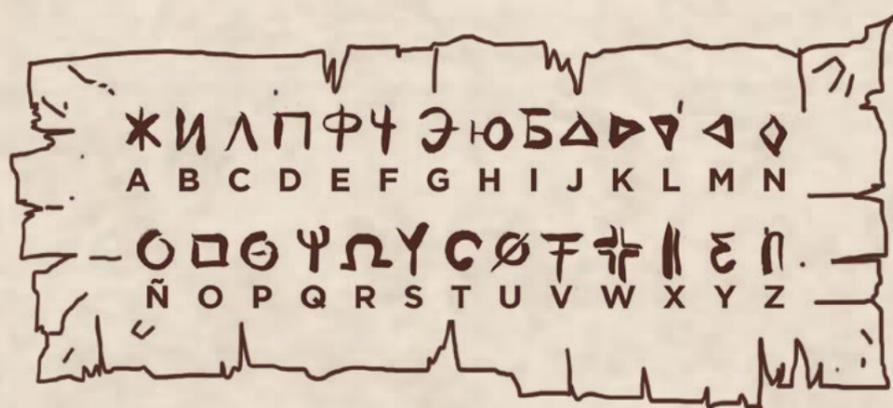


—¡Ignacio, mira! Son los mismos símbolos que están afuera, aquellos que aparecen en lugar del nombre de los negocios. No tengo duda, debe tratarse de otro acertijo del libro, lo mismo sucedió en el “Reloj del Gallito”. Ahora fue Carmen quien jaló a Ignacio del brazo y se apresuró a salir de la tienda.

—¡Ya lo tengo, mira! —expresó Carmen mostrándole a Ignacio el papelito. Cada símbolo extraño representa una letra del abecedario. Hagamos una cosa, recorre los alrededores del mercado y dibuja los símbolos en tu libreta. Empieza por aquí. Tan pronto estén listos, resolvemos juntos el acertijo.

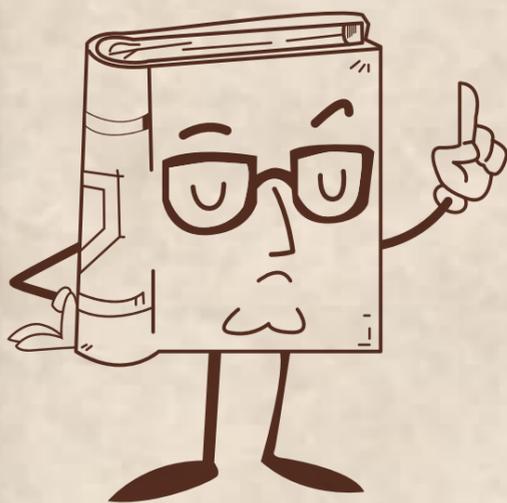
Ayuda a Ignacio y Carmen a descifrar el mensaje del criptograma

Ф▼ ΩФЭЖ▼□ ΘФΩΥФΛС□ ΘЖΩЖ
 СØ ЖИØФ▼БСЖ ФΥ Ø◊ ПБИØΔ□
 ПФ ▼Ж ΛЖСФПΩЖ▼ ΨØФ ПФИФΥ
 ΩФЖ▼БРЖΩ СØ ΔБΥΔ□



El Señor y La Señora de Los Libros

Ignacio podría llegar a la catedral incluso con los ojos vendados. Todos los fines de semana, desde que tiene uso de razón, ha pasado frente a ella para visitar a su tía, quien tiene un puesto de antojitos a una calle de la iglesia mayor de Puebla. Lo más vendido son los molotes. La receta y el modo correcto de prepararlos los aprendió de su abuela cuando era muy jovencita. El molote favorito de Ignacio es el de papa. Carmen, las veces que ha acompañado a su amigo, elige regularmente el de tinga. De camino a la catedral, nuevamente Carmen sintió que su mochila se volvía pesada, y supo de inmediato el motivo.



—¿Por qué nos dejaste esperando bajo el sol tanto tiempo?! —le dijo al libro con disgusto—. Hubiese sido más fácil que desde el principio nos dices la pista para descifrar el mensaje, o que simplemente nos dijese que un dibujo de la catedral era el regalo que más le podría gustar a doña Isabel.

El libro no contestó. Temblaba como si tuviese frío, pero eso era imposible debido a que la tarde era muy cálida. Carmen se percató que aquello significaba otra cosa: miedo. Pero ¿a qué podría temerle un libro? Tan pronto llegaron al atrio de la catedral, al tiempo que decenas de personas caminaban y se tomaban fotografías con poses irrisorias, Carmen e Ignacio buscaron en los alrededores un poco de sombra para resguardarse y se sentaron recargando la espalda en uno de los gruesos muros. Brindándole la confianza que necesitaba, le preguntaron al libro por qué no quería salir de la mochila.

—Me escondo, pues no quiero que me encuentren.

—¿De quién te escondes? Preguntaron los niños al unísono.

—Es difícil de explicar —dijo el libro con tristeza—, para mí es aterrador.





Por supuesto que me di cuenta cuando ustedes llegaron al Mercado “La Victoria”. Allí estaba yo, tranquilamente esperándolos. Justo cuando estaba por saludarlos, de reojo vi dos sombras que reconocí de inmediato. Eran ellos, estoy seguro de que eran ellos. Tuve que huir, pero antes, como sabía que pasarías a saludar a tu tío, decidí dejar un papelito donde pudieran encontrar la clave del acertijo fácilmente. Perdón, pero es que eran ellos y no pude evitarlo.

Ignacio metió la mano a la mochila y tocó suavemente el lomo del libro, intentando tranquilizarlo.

—Cuéntanos —lo instó Carmen—, ¿a quiénes te refieres?

—Está bien —dijo el libro con pesadumbre—, lo haré desde el principio. En Puebla habitan un hombre y una mujer que se hacen llamar “el señor y la señora de los libros”. Todos mis amigos

les temen. Él es un hombre alto, rechoncho y calvo. Siempre viste una camisa a cuadros, porta un sombrero absurdo de color mostaza y lleva puestos unos pequeñísimos anteojos circulares sostenidos por la punta de su nariz. Ella es una mujer bajita, con caderas anchas, cuello estirado, y pelo pintado de color azul; además, siempre la verán con unas enormes cadenas que sostienen unas gafas ridículas.

»Él, desde muy joven, se dedica a entrar a hurtadillas a bibliotecas y librerías donde roba, sigilosamente, todo lo que está al alcance de sus manos. Nosotros los libros lo conocemos como “el perico”. Aparenta ser muy sabio, pero créanme, no lo es. Memoriza las páginas de los libros sin ningún tipo de análisis o reflexión, posteriormente tacha las palabras y arranca sus hojas. Lo que queda del despojo de los libros lo guisa y se lo come. “Banquete gourmet”, lo llama él. Como todo buen perico, repite las oraciones de los libros sin parar, con una sonrisa escalofriante, llevándose siempre las manos a su abultado estómago, haciendo pasar por suyas ideas que no le pertenecen.



»En cuanto a ella, se trata de una mujer que nunca sonríe, cuyo rostro frecuentemente refleja malhumor. Le fascina murmurar y hablar mal de todas las personas. Hace muchos años trabajó en una biblioteca, pero, aunque no lo crean, nunca leyó ni ha leído un libro en toda su vida. Por tanto, a ella no le interesa robar libros, en su lugar, disfruta el destruirlos, arrancar sus páginas y tirarlos a la basura. Tampoco le gusta pensar por sí misma, así que cuando percibe que alguien tiene un tipo de conocimiento que puede beneficiarla, no se detiene hasta apropiárselo. Para conseguirlo, saca una cámara fotográfica antigua de su bolso y le pregunta a la persona en cuestión si le puede tomar una foto y ¡zas!, la persona queda con la mente en blanco y ella se adueña de lo que él o ella sabía.

»Como podrán darse cuenta, cuando los dos se conocieron fue amor a primera vista. Desde entonces, nunca se les ve solos, siempre caminan juntos por la ciudad despreocupados, ostentando conocimientos robados y buscando libros para que él pueda repetir sin cesar sus palabras y ella, después de eliminar sus páginas, pueda desecharlos a la basura.

—No te preocupes, con nosotros estás a salvo, Ignacio y yo. . .

—¡NIÑOS! —dijo un hombre con voz grave—, supongo que quieren conocer TODA la información sobre la catedral. Llevan sentados aquí mucho tiempo sin moverse de su lugar. No sean tímidos. Los datos que yo poseo no se encuentran en ningún libro. Son cosas que únicamente yo conozco.

Al levantar la mirada, Ignacio se puso inmediatamente de pie y Carmen apretó fuertemente la mochila contra su pecho. Eran ellos, sin lugar a duda. Sus rostros coincidían plenamente con la descripción que les había dado el libro. Allí estaba aquel hombre obeso vistiendo un sombrero ridículo, haciendo relucir su horrenda sonrisa, junto a una mujer que no podía ocultar su cara de repulsión.

—Sobre la ventana central de la Catedral se labró la fecha 1644, año en que se terminó la fachada. Yo descubrí ese dato que nadie sabía —dijo aquel hombre llevándose las manos a su estómago. Sí, sí, lo sé, soy muy inteligente. Están impresionados, ¿verdad? Pero conozco más. Miren hacia allá. La puerta central de la catedral se conoce como la “Puerta del Perdón” y es sólo abierta en fechas importantes para la arquidiócesis poblana. Si la ven de frente, en el lado izquierdo de la fachada se puede ver al arcángel San Miguel, y del lado derecho al arcángel San Gabriel. Y pensar que nadie lo había notado hasta que se lo hice saber a toda Puebla en una entrevista que me hicieron para



la televisión. Miren, miren, esa torre de ahí es la única que tiene campanas. ¿Lo ven? La más pesada, sin lugar a duda, fue subida por ángeles. Puebla es excepcional al igual que yo. ¿De qué otro modo pudo llegar hasta allí esa campana? Únicamente pudo ser cargada por ángeles, es la explicación más...

—Quizá no tenemos que suponer que fueron ángeles, sino personas que después de pensar mucho y buscar distintas alternativas encontraron la mejor solución para subir esa campana hasta allá. ¿A poco Puebla es la única ciudad con catedral que tiene campanas pesadas? —dijo Carmen con aire desafiante, interrumpiendo abruptamente al hombre que se secaba el sudor de la frente con un pañuelo color verde limón.

—¿Qué pretendes con esa insolencia chamaquita?! —expresó la mujer con un visible gesto de desprecio—. No serás tú una de esas escuinclas a quienes les gusta leer y pensar mucho, aquellas que llevan un libro siempre consigo, ¿o sí? Por cierto, ¿qué hay en tu mochila?

La mujer sostenía una cámara en su mano derecha. Ignacio, sin dudarlo un solo instante, le tiró la cámara. Tomando de la mano a Carmen, el niño corrió en busca de la salida más cercana. El hombre, completamente fuera de sí, pensó en darles alcance, sin embargo comprendió que era imposible; sus piernas regordetas y sus tobillos frágiles avanzaban únicamente dando pequeños pasos. Resignado, hizo un esfuerzo sobrehumano para agacharse y tomar la cámara de la mujer. Entre maldiciones, ésta le dijo “no importa, no será la última vez que los veámos. Para la próxima tendremos mejor suerte”.

Los niños, quienes constantemente miraban hacia atrás para ver si nadie los seguía, luego de salir del atrio de la catedral a toda velocidad y avanzar un par de calles, dieron vuelta en el “Jardín del Arte”. Cansados, dejaron de correr y continuaron caminando. Finalmente, decidieron sentarse en una banca frente al “Edificio Carolino”. “¿Estás bien?”, se preguntaban uno a otro.

—Por culpa de esa mujer horrible y ese gordo que se cree un sabelotodo ya no pude hacer el dibujo de la catedral para mi abuela —se lamentó Ignacio.

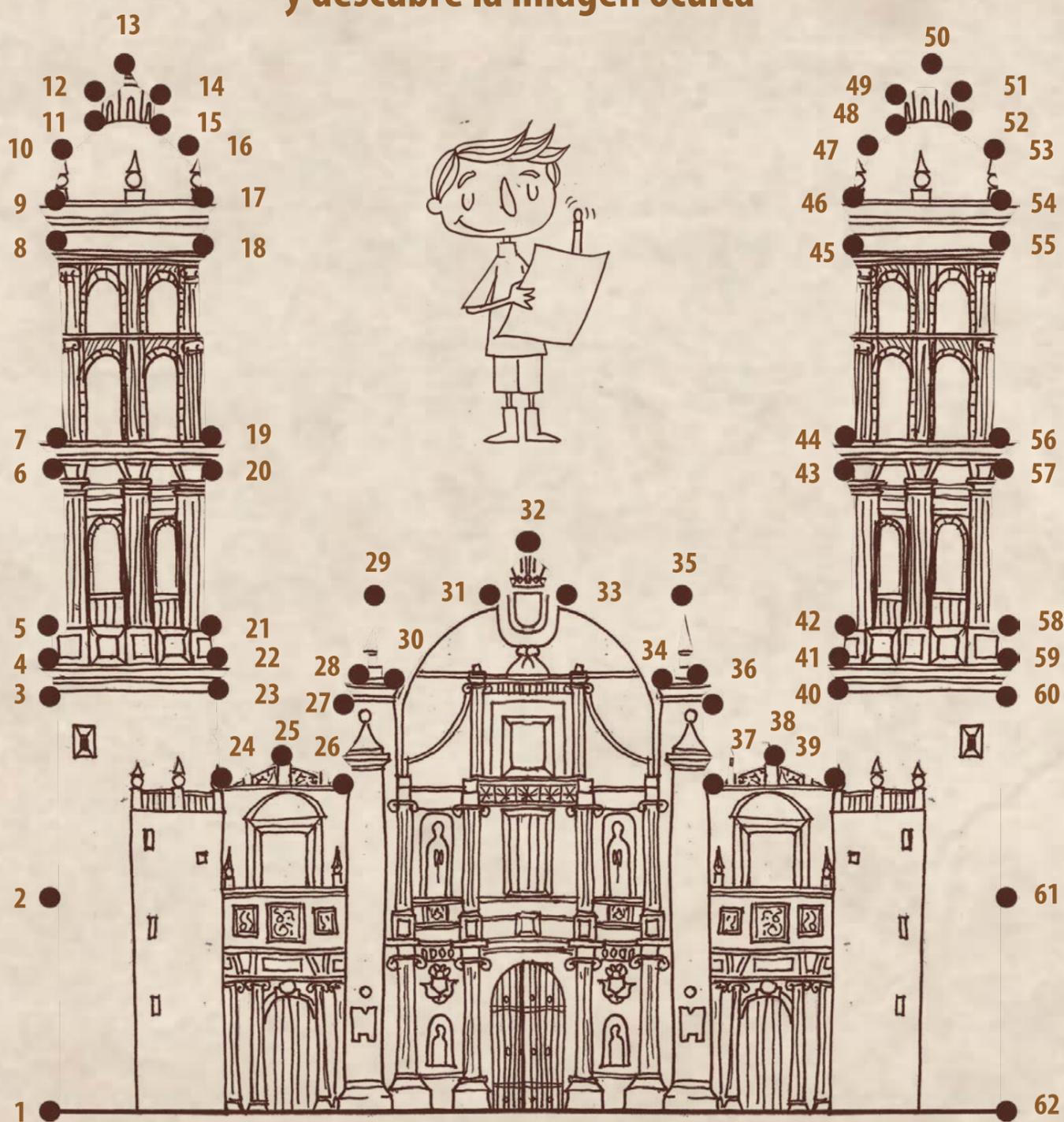


El libro salió de la mochila y les dio un apretado abrazo.

—No te preocupes. Yo te ayudaré con eso —afirmó el libro intentando consolar a Ignacio—. Por cierto, Carmen, eres una niña muy avispada. Tienes toda la razón. Lo relevante es preguntarnos por los hombres y mujeres que enfrentaron desafíos, aquellos que construyeron y han dado vida a una ciudad como ésta. Hace muchos años, entre los siglos XVII y XVIII, en la Nueva España tuvo lugar un ciclo de construcción de catedrales semejante a lo que se vivió en Europa en el siglo XIII. Si bien podemos decir que Puebla no fue excepcional, sí podemos afirmar que fue muy importante, pues se constituyó en una ciudad episcopal por excelencia, una de las más relevantes de todos los territorios americanos, convirtiéndose en un significativo centro de artes, oficios y de circulación de saberes. Pero bueno, lo importante ahorita es lo que le prometí a Ignacio. Aquí tienes, cuando termines, encontrarás una sorpresa.

El libro le entregó a Ignacio una hoja con una serie de puntos, luego chasqueó los dedos y desapareció. El niño le mostró la hoja a su amiga y ésta supo de inmediato de qué se trataba.

Ayuda a Ignacio a unir los puntos siguiendo el patrón numérico y descubre la imagen oculta



Un animal nunca visto

La catedral siempre le trae estupendos recuerdos a doña Isabel. Cada vez que la observa se remonta a su infancia, a la lejana década de 1960. Cuando era niña, una de las cosas que más disfrutaba era caminar por las calles de la ciudad junto a su papá. Debido al trabajo, no era algo que sucediera muy a menudo, pero cada vez que se presentaba la ocasión, las caminatas eran acompañadas con narraciones de leyendas. Las que más le gustaban a doña Isabel eran aquellas que le quitaban el sueño. Una de esas historias llegó de pronto a su memoria el día que Ignacio le entregó el dibujo.

—¡La catedral te quedó fabulosa Ignacio! A mí también me fascinaba dibujar de niña, especialmente los relatos que me contaba mi papá. La leyenda que más disfrutaba era la de la “Casa del que mató al animal”. ¿La conocen?

—¿Qué tipo de animal era? —preguntó Carmen— ¿Por qué lo mataron?

—La contaré desde el principio —aunque lamento no hacerlo tan bien como lo hacía mi papá—. Hace muchos, pero muchos años, no muy lejos de la catedral, vivía don Pedro Carvajal. Tenía una hija y un hijo. Ella se llamaba Ofelia y tenía 20 años. El niño se llamaba Carlos y tenía poco más de 4 años. Su madre había muerto debido a las complicaciones del último parto. Desde entonces, don Pedro Carvajal los cuidaba celosamente. Nunca se volvió a casar. Su vida la dedicó exclusivamente a la atención de sus negocios, por lo cual logró reunir una considerable fortuna.

»Con el paso del tiempo, Ofelia se convirtió en una mujer bellísima. Un día conoció a Antonio, un joven sin fortuna de quien quedó profundamente enamorada. Su más grande anhelo era casarse con él, sin embargo, al enterarse el padre de los sentimientos de su hija, se negó rotundamente. Consideraba que aquel muchacho, de orígenes y calidad dudosa, no era digno de ella.



»Un día, durante una de las festividades de la ciudad, apareció en la plaza mayor, actualmente el zócalo, un inmenso y desconocido animal. Su figura era la de una serpiente, pero su tamaño descomunal abarcaba ¡hasta una cuadra de longitud! Como deben saber, antes de la fundación de la ciudad, la cual tuvo lugar el 16 de abril de 1531, el Valle de Puebla era conocido como Cuetlaxcoapan, palabra náhuatl que significa lugar donde las serpientes cambian de piel, sin embargo, nunca hasta ese momento se había visto un animal de tales dimensiones. La serpiente, arrastrándose y provocando el caos entre las personas, engullía a todo aquel que se le ponía enfrente.

La familia Carvajal, quien formaba parte de los festejos, intentó escapar, pero, ante el alboroto, Carlos tropezó y fue alcanzado por la alimaña quien lo devoró de un solo bocado. Satisfecha por el festín, la serpiente huyó rápidamente. Autoridades y pobladores unieron esfuerzos para ofrecer una recompensa a quien matara a tan terrible animal. Don Pedro Carvajal ofreció la mitad de su fortuna.

»Muchos lo intentaron, pero sólo uno triunfó: se trataba de aquel joven de quien la hija de don Pedro Carvajal estaba enamorada. Antonio entregó la cabeza de la serpiente como prueba de su muerte. Más importante aún, había logrado rescatar a todos los que el animal había engullido, incluyendo a Carlos. De esta manera, además de recibir su recompensa, a Antonio se le permitió casarse con Ofelia. Don Pedro Carvajal les otorgó como regalo de bodas su propia casa. A pesar del correr de los años, hoy en día a ese lugar se le sigue conociendo como la “Casa del que mató al animal”.



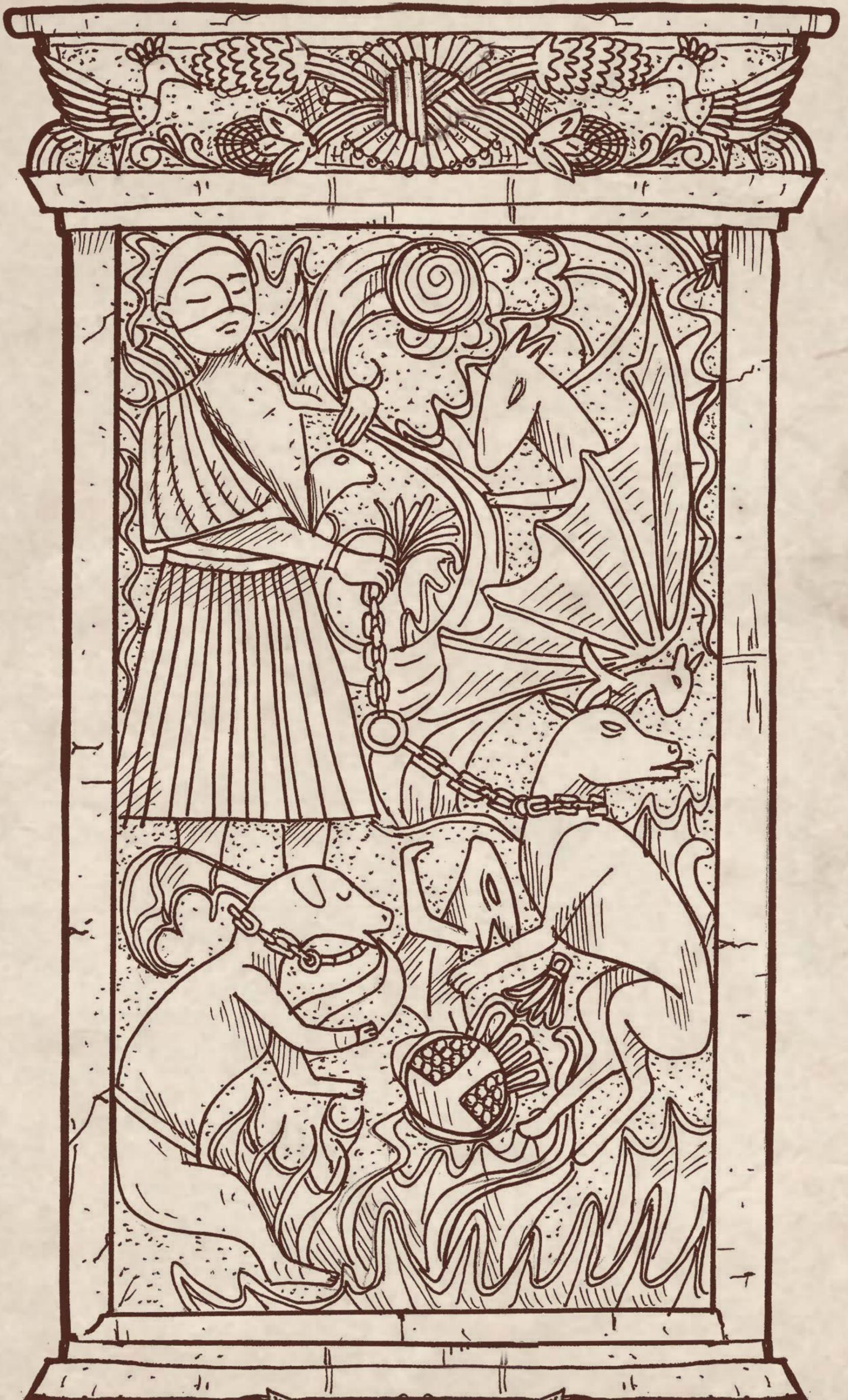
—¿Esa casa aún existe? —preguntó Carmen con mucha curiosidad.

—¡Por supuesto! —dijo doña Isabel, sonriendo al ver la cara de los niños—. Ignacio ha pasado frente a ella muchas veces.

El niño puso los ojos como platos, sorprendido por lo que acababa de escuchar.

—Es en la calle donde todos los días recoge el periódico tu tío Francisco antes de llevarlo a su puesto de revistas. Justo enfrente de los tacos de plaza que tanto te gustan. Allí, el recuerdo de la leyenda que les acabo de mencionar se encuentra grabado en piedra, a un costado de la puerta.





Carmen, pensativa, se esforzó por ubicar el lugar.

—Pero eso no es todo —dijo doña Isabel—. Puebla está repleta de animales y criaturas fantásticas. Lo fundamental es saber buscar. Si son atentos, y saben observar los detalles que la ciudad ofrece, encontrarán sirenas, gigantes o dragones.

—¿Hay dragones en Puebla? —preguntó Ignacio con admiración.

—Les propongo una cosa —comentó doña Isabel con mucho entusiasmo—. ¿Les gustaría que hiciéramos un mapa de la ciudad que nos ayude a ubicar a todos los seres fantásticos que se encuentran escondidos en la ciudad? Si están de acuerdo, en espera de que mi rodilla se recupere, les sugiero que el próximo fin de semana vayan en primer lugar a la sala de lectura de la Casa del Puente de Bubas. La hija de una vecina trabaja allí, y me contó que hay muchos libros que hablan sobre la historia y las tradiciones de nuestra ciudad. Creo que será una estupenda forma de comenzar a buscar la información que necesitamos. ¿Qué les parece?

Luego de escuchar atentos las palabras de doña Isabel, Carmen e Ignacio estaban ansiosos por comenzar una nueva aventura.

Centro Histórico

~ PUEBLA ~

Casa de Todos

centrohistorico.pueblacapital.gob.mx

